

Programa de feria

DE todo lo que Felipe González ha dicho, la mayor parte de las cosas quedarán en agua de borrajas, si no sale de ésta convertido en jefe de Gobierno. Pero algo va a ser irreversible, dado que el partido en el poder no puede remediarlo: la desmembración política y económica de España. El resto, palabras, vaivenes, deseos, buenos o malos, indefiniciones. Pero eso, la desmembración, eso está en su mano, en manos de la demagogia, con todas las bendiciones de la Constitución.

Contradictorio Felipe González. Su programa es la utopía de un Estado fuerte, nacionalizador, firme, eficaz, cuando ese Estado comienza por no existir, por no tener atribuciones ni misión ni territorio de soberanía. ¿Cómo pudo Felipe González dedicar la mayor parte de su discurso a la definición de un Estado que había volado con dinamita en el párrafo primero? Era como aquel serial que provocó tanto escándalo allá por los años cuarenta. Sobre la emisora llovían, a miles, las cartas escandalizadas porque el guionista olvidó que había matado a un personaje en el anterior capítulo. Pues eso. Una vez muerto el Estado, serán inútiles todas las invocaciones, porque ni se levantará ni andará. Pero, por de pronto, van a matarlo, entre todos, que de esa responsabilidad no se libra ninguno de los allí reunidos.

Otro tanto le ocurre a la política económica de Felipe González. Con auténtico descaloro. Pero, ¿de qué mayor productividad habla? Luego, dándose cuenta de que se estaba pasando de la raya, aclaró que eran las empresas, no los trabajadores, quienes debían producir más. A ver, que lo explique. Sí, que explique cómo se produce más cuando se pide a los trabajadores que trabajen menos. Un lío.

La semana pasada nos anticipó Felipe González dónde residía su dificultad, si llegaba a la presidencia del Gobierno, cuando dijo que «en España está sin hacer la revolución burguesa». Ahora, claro, el pobre Felipe González tendría que cargar con la penosa tarea de hacer a un mismo tiempo la revolución burguesa y la revolución socialista. Por

eso, oyendo su discurso programático, tuvimos esa sensación angustiosa de que tanto era de derechas como de izquierdas. Es que tenía las revoluciones entreveradas y se armaba un lío.

Ayer, en el bar del Congreso, se agotaron los puros muy temprano. Pero era tal la demanda que llegaron a ofrecerse precios más altos por un habano que por una entrada de barrera en Las Ventas. Al mismo tiempo, si ustedes estuvieron atentos al Hemiciclo en la retransmisión televisada, pudieron observar que los socialistas sin corbatá eran muy pocos. Corbata y habano, para un día de feria. No se merecía menos la primera moción: de censura, que es un rito democrático con la mayor solemnidad litúrgica.

Abrió la ceremonia una pelea de patio vecinal en la que salieron a relucir los trapos más sucios y las acusaciones más descarnadas. Doy la razón al partido de Gobierno en lo que dijo del partido de la oposición, y viceversa, sumo ambos factores y el resultado es lo que tienen ustedes a la vista: un país gobernado como un patio de vecindad y convertido en un patio de Monipodio.

Ellos se lo pasaron la mar de bien: En los pasillos y en la tribuna de Prensa, sin embargo, las cábalas se movían en torno a lo que diría la gente, viendo estas cosas desde su casa. Pensaban unos que el público se sentiría reconfortado ante un espectáculo democrático edificante, mientras otros sufrían vergüenza ajena.

—Oye, es que esa pelea de los delfines...

—¿Delfines? Tiburones, querrás decir.

Pero, entretanto, por sí o por no, vamos a hacer pedazos España; eso no lo evita la Paz ni la Caridad. Yo sé quién lo evita, pero me lo callo porque ése no está sentado en el Hemiciclo precisamente. A ver si llega a tiempo de impedir que nos repartan la nación en repúblicas, a cada partido la suya, para que se entretengan. Porque eso es lo que hay, tanto por la oposición como por el Gobierno. Lo demás, el milagro de Lázaro.

Joaquín
AGUIRRE BELLVER